

TRANSCRIPCIÓN DE CHARLA INFORMAL

Franklin D. Roosevelt: Charla informal, 7 de mayo de 1933

Un domingo por la noche, una semana después de mi investidura, utilicé la radio para hablarles de la crisis bancaria y de las medidas que estábamos tomando para afrontarla. Creo que de este modo le dejé claro al país varios hechos que de otro modo podrían haberse malinterpretado y, en general, proporcioné un medio de comprensión que contribuyó en gran medida a restablecer la confianza.

Esta noche, ocho semanas después, vengo por segunda vez a presentarles mi informe, con el mismo espíritu y por los mismos medios, para contarles lo que hemos hecho y lo que planeamos hacer.

Hace dos meses enfrentábamos graves problemas. El país se moría de a poco. Se moría porque el comercio y los negocios habían descendido a niveles peligrosamente bajos; los precios de las materias primas eran tales que destruían el valor de los activos de las instituciones nacionales como los bancos, las cajas de ahorro, las compañías de seguros y otras. Estas instituciones, debido a sus grandes necesidades, estaban ejecutando hipotecas, reclamando préstamos, denegando créditos. Por lo tanto, estaba en proceso de destrucción la propiedad de millones de personas que habían tomado dinero prestado sobre esa propiedad en términos de dólares que había tenido un valor totalmente diferente al nivel de marzo de 1933. La situación de aquella crisis no requería ninguna consideración complicada de panaceas económicas o planes extravagantes. Nos enfrentábamos a una condición y no a una teoría.

Sólo había dos alternativas: la primera era permitir que continuaran las ejecuciones hipotecarias, que se retuviera el crédito y que el dinero se escondiera, y así forzar la liquidación y la quiebra de los bancos, los ferrocarriles y las compañías de seguros y una recapitalización de todos los negocios y todas las propiedades a un nivel inferior. Esta alternativa significaba una continuación de lo que se denominó vagamente "deflación", cuyo resultado neto habría sido una dificultad extraordinaria para todos los propietarios y, por cierto, una dificultad extraordinaria para todas las personas que trabajan por un salario a través de un aumento del desempleo y una mayor reducción de la escala salarial.

Es fácil ver que el resultado de esta opción tendría no sólo efectos económicos de naturaleza muy grave, sino resultados sociales que podrían traer un daño incalculable. Incluso antes de ser investido llegué a la conclusión de que esa política implicaba pedirle al pueblo estadounidense soportara demasiado. Implicaba no sólo una mayor pérdida de hogares, granjas, ahorros y salarios, sino también una pérdida de valores espirituales: la pérdida de esa sensación de seguridad para el presente y el futuro tan necesaria para la paz y la satisfacción del individuo y de su familia. Cuando se destruyen estas cosas es difícil establecer cualquier tipo de confianza en el futuro. Estaba claro que la mera apelación de Washington a la confianza y el mero hecho de prestar más dinero a instituciones en dificultades no podían detener este curso descendente. Un programa rápido aplicado con la mayor celeridad posible me pareció no sólo justificado sino imperativo para nuestra seguridad nacional. El Congreso, y cuando digo Congreso me refiero a los miembros de ambos partidos políticos, lo entendió perfectamente y me dio un apoyo generoso e inteligente. Los miembros del Congreso se dieron cuenta de que los métodos de los tiempos normales debían ser sustituidos en la emergencia por medidas adecuadas a las graves y

apremiantes necesidades del momento. No hubo una cesión real de poder; el Congreso siguió conservando su autoridad constitucional y nadie tiene el menor deseo de cambiar el equilibrio de estos poderes. La función del Congreso es decidir lo que hay que hacer y seleccionar el organismo adecuado para llevar a cabo su voluntad. Esta política se ha cumplido estrictamente. Lo único que ha sucedido ha sido designar al Presidente como organismo para llevar a cabo algunos de los propósitos del Congreso. Esto era constitucional y estaba en consonancia con la tradición estadounidense del pasado.

La legislación aprobada o en proceso de promulgación puede considerarse adecuadamente como parte de un plan bien fundamentado.

En primer lugar, estamos dando la oportunidad de empleo a un cuarto de millón de desempleados, especialmente a los jóvenes que tienen personas a su cargo, para que se dediquen a la silvicultura y a la prevención de inundaciones. Esta es una gran tarea porque significa alimentar, vestir y cuidar a casi el doble de hombres de los que tenemos en el propio ejército regular. Al crear este cuerpo civil de conservación, matamos dos pájaros de un tiro. En primer lugar, estamos aumentando el valor de nuestros recursos naturales y, en segundo lugar, estamos aliviando una cantidad apreciable de angustia real. Este gran grupo de hombres ha emprendido su trabajo de forma puramente voluntaria, no hay formación militar y estamos conservando no sólo nuestros recursos naturales sino también nuestros recursos humanos. Uno de los grandes valores de este trabajo es el hecho de que es directo y requiere la intervención de muy poca maquinaria.

En segundo lugar, he solicitado al Congreso y he conseguido que se adopte una propuesta para poner en uso las grandes propiedades que posee nuestro Gobierno en Muscle Shoals, tras largos años de inactividad derrochadora, y con ello un amplio plan para la mejora de una vasta zona del valle del Tennessee. Aportará comodidad y felicidad a cientos de miles de personas y los beneficios de esta acción llegarán a toda la nación.

A continuación, el Congreso está a punto de aprobar una legislación que aliviará en gran medida los embargos hipotecarios entre los agricultores y los propietarios de viviendas de la nación, aliviando la carga de la deuda que ahora pesa tanto sobre millones en nuestro pueblo. Nuestro siguiente paso en la búsqueda de un alivio inmediato es una subvención de 500 millones de dólares para ayudar a los estados, condados y municipios en su deber de atender a quienes necesitan un alivio directo e inmediato. El Congreso también aprobó la legislación que autoriza la venta de cerveza en los estados que lo deseen. Esto ya ha dado lugar a un considerable reempleo y, por cierto, ha proporcionado unos ingresos fiscales muy necesarios.

Tenemos previsto solicitar al Congreso una legislación que permita al Gobierno emprender obras públicas, estimulando así directa e indirectamente el empleo de muchas otras personas en proyectos bien estudiados.

Se han adoptado otras leyes dedicadas fundamentalmente a nuestros problemas económicos. El proyecto de ley de ayuda a la agricultura pretende, mediante el uso de varios métodos, solos o en conjunto, lograr un mayor rendimiento para los agricultores para sus principales productos agrícolas, tratando al mismo tiempo de evitar una sobreproducción desastrosa en el futuro, que tan a menudo en

el pasado mantuvo los precios de los productos agrícolas muy por debajo de un rendimiento razonable. Esta medida proporciona amplios poderes para emergencias. El alcance de su uso dependerá enteramente de lo que nos depara el futuro.

También se propondrán medidas bien pensadas y conservadoras que intentarán dar a los trabajadores industriales del país una retribución salarial más justa, evitar la competencia despiadada y las largas jornadas laborales y, al mismo tiempo, estimular a cada industria para evitar la sobreproducción.

Nuestro proyecto de ley sobre los ferrocarriles pertenece a la misma clase, ya que pretende proporcionar y hacer una planificación definitiva por parte de los propios ferrocarriles, con la ayuda del Gobierno, para eliminar la duplicación y el despilfarro que ahora está dando lugar a la intervención de los ferrocarriles y a los continuos déficits de explotación.

Estoy seguro de que el pueblo de este país entiende y aprueba los amplios propósitos que hay detrás de estas nuevas políticas gubernamentales relacionadas con la agricultura, la industria y el transporte. Nos encontramos con más productos agrícolas de los que podíamos consumir nosotros mismos y con excedentes que otras naciones no tenían dinero para comprarnos, salvo a precios ruinosamente bajos. Nos encontramos con que nuestras fábricas podían producir más bienes de los que podíamos consumir, y al mismo tiempo nos enfrentamos a una demanda de exportación en descenso. Nos encontramos con más facilidades para el transporte de mercancías y cosechas que mercancías y cosechas a transportar. Todo esto ha sido causado en gran parte por una completa falta de planificación y un completo fracaso en la comprensión de las señales de peligro que han estado sobrevolando desde el final de la Guerra Mundial. La gente de este país ha sido erróneamente alentada a creer que podría seguir aumentando la producción en las granjas y las fábricas indefinidamente y que algún mago encontraría las formas y los medios para que ese aumento de la producción se consumiera con un beneficio razonable para el productor.

Hoy tenemos razones para creer que las cosas están un poco mejor que hace dos meses. La industria está mejorando, los ferrocarriles transportan más carga, los precios agrícolas son mejores, pero no voy a permitirme hacer proclamaciones demasiado entusiastas. No podemos volver a anunciar la prosperidad con bombos y platillos. Voy a ser sincero en todo momento con la gente del país. No quiero que los ciudadanos de este país tomen el camino insensato de dejar que esta mejora vuelva a otra ola especulativa. No quiero que el pueblo crea que por un optimismo injustificado podemos reanudar la ruinosa práctica de aumentar nuestra producción de cultivos y de fábricas con la esperanza de que una bondadosa providencia encuentre compradores a precios altos. Ese camino puede traernos una prosperidad inmediata y falsa, pero será el tipo de prosperidad que nos llevará a otra caída en picada.

Es totalmente erróneo llamar a la medida que hemos tomado control gubernamental de la agricultura, control de la industria y control del transporte. Se trata más bien de una asociación entre el Gobierno y la agricultura y la industria y el transporte, no de una asociación en cuanto a los beneficios, ya que éstos seguirían siendo para los ciudadanos, sino de una asociación en cuanto a la planificación y una asociación para ver que los planes se lleven a cabo.

Permítanme ilustrarlo con un ejemplo. Por ejemplo, la industria del algodón. Probablemente es cierto que el noventa por ciento de los fabricantes de algodón estarían de acuerdo en eliminar los salarios de hambre, estarían de acuerdo en poner fin a las largas jornadas laborales, estarían de acuerdo en poner fin al trabajo infantil, estarían de acuerdo en evitar una sobreproducción que daría lugar a excedentes invendibles. Pero, ¿de qué sirve este acuerdo si el otro diez por ciento de los fabricantes de algodón pagan salarios de hambre, exigen largas jornadas laborales, emplean a niños en sus fábricas y producen onerosos excedentes? El diez por ciento injusto podría producir bienes tan baratos que el noventa por ciento justo se vería obligado a cumplir las condiciones injustas. Aquí es donde entra el gobierno. El gobierno debe tener el derecho y tendrá el derecho, después estudiar y planificar para una industria, a evitar, con la ayuda de la inmensa mayoría de esa industria, las prácticas injustas y a hacer cumplir este acuerdo con la autoridad del gobierno. Las denominadas leyes antimonopolio tenían por objeto impedir la creación de monopolios y prohibir que esos monopolios obtuvieran beneficios desmedidos. Ese propósito de las leyes antimonopolio debe continuar, pero estas leyes nunca tuvieron la intención de fomentar el tipo de competencia desleal que resulta en largas jornadas laborales, salarios de hambre y sobreproducción.

El mismo principio se aplica a los productos agrícolas y al transporte y a cualquier otro campo de la industria privada organizada.

Trabajamos para conseguir un objetivo concreto, que es evitar que vuelvan las condiciones que estuvieron a punto de destruir lo que llamamos civilización moderna. El cumplimiento real de nuestro propósito no puede alcanzarse en un día. Nuestras políticas están totalmente dentro de los propósitos para los que se estableció nuestro gobierno constitucional estadounidense hace 150 años.

Sé que los ciudadanos de este país lo entenderán y comprenderán también el espíritu con el que emprendemos esta política. No niego que podamos cometer errores de procedimiento al aplicar la política. No tengo ninguna expectativa de hacer un batazo cada vez que vengo a batear. Lo que busco es el mayor promedio de bateo posible, no sólo para mí sino para el equipo. Theodore Roosevelt me dijo una vez: "Si puedo acertar el 75% de las veces, habré alcanzado la máxima medida de mis esperanzas". Últimamente se ha hablado mucho sobre las finanzas federales y la inflación, el patrón oro, etc. Permítanme simplificar los hechos y dejar muy clara mi política. En primer lugar, el crédito público y la moneda pública son realmente una misma cosa. Detrás de los bonos del Estado sólo hay una promesa de pago. Detrás de la moneda pública tenemos, además de la promesa de pago, una reserva de oro y una pequeña reserva de plata. En este sentido, vale la pena recordar que en el pasado el gobierno acordó redimir casi treinta mil millones de sus deudas y su moneda en oro, y las empresas privadas de este país acordaron redimir otros sesenta o setenta mil millones de valores e hipotecas en oro. El gobierno y las empresas privadas hacían estos acuerdos cuando sabían perfectamente que todo el oro de los Estados Unidos ascendía sólo a entre tres y cuatro mil millones y que todo el oro de todo el mundo ascendía sólo a unos once mil millones.

Si los titulares de estas promesas de pago comenzaran a exigir oro, los primeros en llegar obtendrían oro durante unos días y equivaldrían a una vigésimo quinta parte de los titulares de los valores y la moneda. A las otras veinticuatro personas de veinticinco, que no se encontraban al principio de la fila, se les diría amablemente que ya no quedaba oro. Hemos decidido tratar a los veinticinco de la misma manera en

interés de la justicia y del ejercicio de los poderes constitucionales de este gobierno. Hemos colocado a todos en el mismo lugar para que se preserve el bien común.

Sin embargo, el oro, y en parte la plata, son bases perfectamente buenas para la moneda y por eso decidí no dejar salir nada del oro que hay ahora en el país.

Hace tres semanas surgieron una serie de condiciones que muy fácilmente podrían haber significado, primero, una fuga de nuestro oro por parte de los países extranjeros, y segundo, como resultado de ello, una fuga de capital estadounidense, en forma de oro, fuera de nuestro país. No exagero si les digo que tal acontecimiento bien podría habernos quitado la mayor parte de nuestra reserva de oro y haber dado lugar a un debilitamiento tan grande de nuestro gobierno y del crédito privado como para provocar condiciones de pánico real y la detención completa de las ruedas de la industria.

La Administración tiene el objetivo definido de aumentar los precios de las materias primas hasta el punto de que los que han tomado dinero prestado puedan, por promedio, devolver ese dinero en el mismo tipo de dólar que tomaron prestado. No pretendemos dejarlos que obtengan un dólar tan barato que puedan pagar mucho menos de lo que pidieron prestado. Es decir, buscamos corregir un error y no crear otro en sentido contrario. Es por ello que se faculta a la Administración para que disponga, si es necesario, una ampliación de crédito, con el fin de corregir los errores existentes. Estos poderes se utilizarán cuando, como y si es necesario para lograr el propósito.

De la mano de la situación interna que, por supuesto, es nuestra primera preocupación, está la situación mundial, y quiero subrayarles que la situación interna está inevitablemente y profundamente ligada a las condiciones de todas las demás naciones del mundo. En otras palabras, podemos conseguir, con toda probabilidad, una justa medida de retorno de la prosperidad en Estados Unidos, pero no será permanente a menos que consigamos un retorno de la prosperidad en todo el mundo.

En las reuniones que hemos celebrado y estamos celebrando con los líderes de otras naciones, buscamos cuatro grandes objetivos. En primer lugar, una reducción general de los armamentos y, a través de ello, la eliminación del miedo a la invasión y al ataque armado, y, al mismo tiempo, una reducción de los costos de armamento, con el fin de contribuir al equilibrio de los presupuestos gubernamentales y a la reducción de los impuestos. En segundo lugar, una reducción de las barreras comerciales, para reanudar el flujo de intercambio de cosechas y bienes entre las naciones. En tercer lugar, la puesta en marcha de una estabilización de las monedas, para que el comercio pueda hacer contratos a futuro. En cuarto lugar, el restablecimiento de relaciones amistosas y una mayor confianza entre todas las naciones.

Nuestros visitantes extranjeros de estas tres últimas semanas han respondido muy bien a estos propósitos. Todas las naciones han sufrido por igual en esta gran depresión. Todos han llegado a la conclusión de que la mejor manera de ayudar a cada uno es con la acción común de todos. Con este espíritu, nuestros visitantes se han reunido con nosotros y han debatido nuestros problemas comunes. La reunión internacional que tenemos ante nosotros debe tener éxito. El futuro del mundo lo exige y cada uno de nosotros se ha comprometido a realizar los mejores esfuerzos conjuntos con este fin.

Con ustedes, el pueblo de este país, todos nosotros, los miembros del Congreso y los miembros de esta Administración tenemos una profunda deuda de gratitud. A lo largo de la depresión han sido pacientes. Nos han concedido amplios poderes, nos han alentado con una amplia aprobación de nuestros propósitos. Hemos dedicado cada gramo de fuerza y cada recurso a nuestro alcance a justificar su confianza. Nos anima creer que estamos comenzando de manera sabia y sensata. Con el actual espíritu de confianza y estímulo mutuos, seguimos adelante.

Fuente: Roosevelt, F. D. (1933). *Fireside chat of May 1933 progress of the first two months*. University of Virginia, Miller Center. Extraído de <https://millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/may-7-1933-fireside-chat-2-progress-during-first-two-months>